

# Orígenes cotidianos y difusores acústicos

Luz Méndez de la Vega

**A**l plasmar las imágenes, y detener su instante fugaz y eternizarlo, el escritor o el poeta lo hace con palabras, en las que va cargada su emoción; algo que se propone el pintor surrealista, no así el realista o el impresionista que tratan de captar la realidad lo más cercana a lo que es, aunque difícilmente pudiendo acercarse tanto a su exactitud, como lo hace la fotografía, sobre todo de color o como se pretende hacer con la tridimensional.

Cuando Oscar Wilde dijo que *la naturaleza imita al arte*, muchos rebatieron su postulado, por no analizar su sentido; que resulta claro si observamos que nos hemos acostumbrado a contemplar la naturaleza como la captan los artistas. Ello, desde la prehistoria, cuando el hombre empezó a ver a los bisontes tal como los había visto pintados, por un desconocido antecesor, en su cueva.

Al igual pintores y escultores de los pueblos antiguos influyeron en sus contemporáneos y en nosotros, para ver—como en el mural, cuadro, busto o cabeza escultórica—la realidad encuadrada o seccionada. Eso aún más desde el Renacimiento. Así al ver un paisaje, lo vemos superpuesto al recuerdo por ejemplo del cuadro del *Angelus* de Millet o al presenciar una clase de ballet, la vemos un poco como la imagen de un cuadro de Degas. En realidad el influjo de las artes plásticas llega, aún más allá, a otras artes como a la música: tal el caso de *Cuadros en una exposición* de Moussorgski y muchos casos en la literatura, donde yo misma tengo un poema que se titula *Los*

relojes de Dali.

A convertirse la caja perforada de Aristóteles en las perfeccionadas cámaras fotográficas en manos de los fotógrafos, la pintura influyó en sus gustos por plasmar la realidad, o sea captar—con su cámara—la imagen de un paisaje o bien en escoger el ángulo desde dónde tomar un rostro, o la composición de una mesa con libros y una lámpara, o un atardecer en el mar, etc. que recuerdan algún cuadro famoso. De todo eso, hoy, hay otros que se aprovecharán; me refiero a los dibujantes y fotógrafos comerciales, que usan hasta la misma fotografía de un cuadro famoso con fines de propaganda como los casos de ponerle anteojos o bigotes a la *Mona Lisa*, o una botella de gaseosa en la mano a uno de *Los Borrachos* de Velásquez. Por supuesto que también, después de que la fotografía se ha vuelto arte cotizado y de catálogo, puede darse a la inversa, o sea que un pintor, en la composición de su pintura, sea influido y por una fotografía muy divulgada o una histórica.

Todas esas reflexiones me vinieron a la mente—un sábado de octubre—cuando ya de regreso del ciudadísimo e histórico Colegio Mayor de Santo Tomás de Antigua, al que Roberto Díaz Castillo *pule, limpia y da esplendor* (como se dice de la Academia sobre el idioma), ya entre la dulce soledad de mi casa, volví a revivir mentalmente las imágenes de la exposición de fotografías *Orígenes Cotidianos*, de la admirada pintora—ahora también fotógrafa—Angélica Baeza—parte de la cual ya habíamos admirado, en la Embajada de Chile, como homenaje de sus cultos Embajadores, a Guatemala.

A dicha exposición, siguió la proyección del video sobre los *Difusores Acústicos*, que nuestro gran arquitecto, pintor, escultor Efraín Recinos colocó, en vez de "balcones de teatro italiano", en el Conservatorio de Música. Video que, además de explicativo, es un gracioso diálogo sobre los músicos, artistas y personajes importantes, que retrasó—a su estilo—Efraín. Retratos que también comenta el connotado músico Igor Sarmientos. En dicho video, Efraín demuestra que así como sabe poemas de memoria, también sabe y puede tararear la música clásica.

Volviendo pues, a recordar algunas de las fotografías de Angélica Baeza, casi como teniéndolas enfrente, sentí el deseo de escribir un comentario sobre la relación de la pintura y la fotografía y, con alguna de sus fotografías, demostrar que un pintor puede ser un buen fotógrafo, lo que en cambio es muy difícil que pueda darse, o sea: que un fotógrafo—por bueno que sea—pueda volverse pintor. Gracias a esa conservación, hoy podemos admirar las siguientes fotografías:

"*Niña de Panajachel*" que impacta emocionalmente con su bello colorido y llena al espectador de una gran ternura, por esa composición en la que la inocente dulzura del frágil rostro de la niña, contrasta con el voluminoso bulto de tejidos artesanales que lleva en la cabeza y que, por sus colores, parece no pesarle, sino constituirse en un enorme turbante. Para mí, tanto por la calidad de la fotografía, como por su composición, es una de las imágenes que difícilmente pueden olvidarse.

Lo mismo sucede, pero por distintas razones, con la titulada "*Señora en la Anti-*



gua", la que, a un espectador superficial, podría parecerle la foto corriente de una vendedora cansada, que toma un respiro, sentada en una banca, al lado del envoltorio de su mercadería. Quizá hasta podría pensar que mejor debería haber retratado a una indígena más joven y bonita con uno de los tan vistosos trajes típicos, como los de las colecciones de los museos, y no el tan trajinado que lleva además de esos característicos zapatos de "India aladnada"... Sin embargo, son precisamente esos detalles los que reflejan la verdad de nuestro mestizaje y los que proyectan su realismo de sudada vendedora de artesanías para turistas; con lo que se valora su imagen, por el contraste, al estar sentada de espaldas y sin percatarse de la importancia del conjunto, que hace su figura y la pared de atrás con el letrero y el relieve de *arte naïf* colorado (hasta con doradas escamas) de una *Sirena*. Contraste simbólico no sólo de dos tiempos y de dos culturas, sino sobre todo captado por Angélica Baeza, como una denuncia entre la situación de la mujer representada en la *Sirena*, como símbolo de todas las seducciones de belleza y sexualidad y pérdida de los hombres, y la cansada vendedora de ya perdida juventud, que se toma ese minuto de descanso, después de sus horas de trabajo por las calles, para tomar aliento y llegar a su humilde vivienda donde seguramente, sin un hombre que la acompañe, tendrá que cocinar y lavar para los hijos que la esperan.

Ambas fotografías demuestran, así, la fina sensibilidad de pintora que Angélica Baeza ha demostrado en sus fotografías de *Orígenes Cotidianos*.

Las Sirenas

